

Stefan Zweig

**¿Fue él?**

En lo que a mí respecta, puedo decir que estoy segura de que él fue el asesino, aunque me falta la última prueba, la irrefutable.

—Betsy —me dice siempre mi marido—, eres una mujer inteligente, eres aguda y rápida observando, pero te dejas llevar por tu temperamento y a menudo juzgas con demasiada precipitación.

Al fin y al cabo, mi marido me conoce desde hace treinta y dos años y tal vez, sí, es más que probable que tenga razón con su advertencia. De modo que debo hacer un esfuerzo y dominarme, para ocultar mi sospecha ante todos los demás pues me falta esa última prueba. Pero cada vez que me cruzo con él y viene a mi encuentro, leal y complaciente, el corazón se me para. Y una voz interior me dice: él y sólo él fue el asesino.

De modo que voy a intentar reconstruir todo lo ocurrido para mí misma. Hace unos seis años mi marido terminó su periodo de servicio en las colonias como alto funcionario del gobierno británico, y decidimos retirarnos a una tranquila localidad de provincias, para allí, cómodamente —hace tiempo que nuestros hijos se casaron—, pasar los días ya un poco apagados de nuestra vejez ocupándonos de los asuntos más nimios y plácidos de la vida, como las flores y los libros. Nuestra elección recayó sobre un pequeño paraje campestre en las proximidades de Bath. Desde esta antigua y venerable ciudad, tras haber serpenteado a través de toda clase de puentes, una corriente angosta y sosegada fluye hacia el valle siempre verde de Limpley Stoke. El canal del Kenneth-Avon. Hace más de un siglo esta corriente de agua fue dotada de manera ingeniosa e invirtiendo mucho dinero con numerosas esclusas de madera y estaciones de vigilancia para transportar el carbón de Cardiff hasta Londres. Por el estrecho camino de sirga que se extiende a cada uno de los lados, tanto a la derecha como a la izquierda del canal, los caballos arrastraban a trote pesado y con indolencia las anchas y negras gabarras a lo largo de todo el trayecto. Se trataba de una instalación magnífica y de gran porvenir para una época en la que el tiempo aún contaba poco. Pero entonces llegó el ferrocarril, capaz de transportar la negra carga hasta la capital de una manera más rápida, más barata y más cómoda. El tráfico en los márgenes se detuvo, las esclusas de vigilancia quedaron abandonadas, y el canal, desierto y empantanado, pero precisamente ese completo abandono y esa inutilidad son lo que hoy en día lo hacen tan romántico y encantador. En el agua detenida, negra, las algas que hay en el fondo crecen con tanta fuerza hacia arriba que la superficie, de un color verde oscuro, resplandece como la malaquita. Las rosas de agua se balancean, multicolores, sobre la superficie lisa, que en su adormecida quietud refleja, con fidelidad fotográfica, las laderas cubiertas de flores, los puentes y las nubes. Aquí y allá una vieja barca rota, recuerdo de aquellos remotos tiempos de actividad en las orillas, yace medio hundida y recubierta de plantas de vivos colores. Y los clavos de hierro en las esclusas hace mucho que están oxidados y tapizados por un espeso musgo. Nadie se preocupa ya por este viejo canal, incluso quienes visitan los baños de Bath apenas lo conocen, y cuando nosotros, dos personas mayores, recorremos el llano camino que discurre a lo largo de la orilla, y desde el que antiguamente los caballos arrastraban con esfuerzo las gabarras, durante horas y horas no nos encontramos más que, tal vez, con una furtiva pareja de novios que en este lugar apartado quiere ocultar frente a la cháchara de los vecinos su joven dicha, pues aún no ha sido consolidada por el compromiso matrimonial o la boda.

Precisamente fue esa corriente de agua tranquila y romántica en medio de este paisaje apacible cubierto de colinas lo que nos gustó por encima de todo. Compramos un terreno en el lugar en el que la colina de Bathampton se hunde agradablemente formando una hermosa y exuberante pradera hasta llegar al canal, en medio de la nada. En la parte

alta construimos una pequeña casa de campo, desde la que un jardín con apacibles senderos se extendía hacia abajo, pasando por delante de frutales, huertas y flores, hasta el canal, de modo que cuando nos sentábamos al borde de nuestra pequeña terraza al aire libre, en el espejo del agua se podían contemplar de nuevo la pradera, la casa y el jardín. La casa era más apacible y más cómoda de lo que yo nunca hubiera podido soñar, y la única queja que tenía es que fuera tan solitaria. No había ningún vecino.

—Ya vendrán —me consolaba mi marido—, en cuanto vean lo bien que se vive aquí.

Y en efecto. Aún no habían arraigado del todo nuestros pequeños melocotoneros y nuestros ciruelos, cuando un día aparecieron las primeras señales de la construcción de un edificio vecino. Primero, unos atareados agentes. Después, los agrimensores. Y por fin, los albañiles y los carpinteros. En el transcurso de unas doce semanas una casita con un sombrero de tejas rojas se alzó, afable, junto a la nuestra. Por último, llegó el camión con los muebles. En aquella atmósfera silenciosa escuchamos martillar y golpear sin pausa, pero seguíamos sin haber visto la cara a nuestros vecinos.

Una mañana llamaron a nuestra puerta. Una mujer delgada, bonita, de mirada inteligente, cordial, de apenas veintiocho o veintinueve años, se presentó como la vecina y preguntó si le podíamos prestar una sierra. Los operarios habían olvidado la suya. Nos pusimos a hablar y me contó que su marido trabajaba en un banco en Bristol, pero que ya hacía tiempo que los dos preferían vivir en un sitio algo apartado y más campestre, y que, cuando un domingo pasaban a lo largo del canal, nuestra casa les había cautivado de inmediato. Que su marido tenía que hacer cada mañana y cada tarde una hora de camino entre la casa y la oficina, pero que ya sabría encontrar compañía por el trayecto y se acostumbraría. Al día siguiente fuimos a devolverle la visita. Seguía estando sola en la casa y, de buen humor, nos contó que su marido vendría cuando todo estuviera terminado. Antes no le necesitaba. Y al fin y al cabo no había tanta prisa. No sé por qué, pero la manera indiferente, casi alegre, con la que habló de la ausencia de su marido no me gustó. Más tarde, cuando estuvimos en casa, sentados a la mesa, hice una observación acerca de que no parecía importarle demasiado. Mi marido me reprendió y me dijo que no debía juzgar siempre de aquel modo tan precipitado. Que la mujer era desde cualquier punto de vista simpática, inteligente y agradable, y que ojalá el marido lo fuera también.

Bueno, no pasó mucho tiempo hasta que le conocimos. Cuando un sábado por la tarde nos disponíamos a abandonar nuestra casa para ir a dar nuestro habitual paseo, oímos unos pasos rápidos, pesados, que se acercaban hacia nosotros. Al volvernos, había allí un hombre fornido y alegre, que nos ofreció una mano ancha, roja y llena de pecas. Era el nuevo vecino y había oído decir lo amables que habíamos sido con su mujer. Naturalmente, no estaba bien correr hacia nosotros de aquel modo, en mangas de camisa, en lugar de hacernos antes una visita formal, pero su mujer le había contado tantas cosas buenas de nosotros, que no había querido perder ni un solo minuto para darnos las gracias. Y allí estaba él, John Charleston Limpley. ¿Acaso no era estupendo que hubieran llamado al valle ya de antemano en su honor Limpley Stoke, antes de que ni siquiera él mismo pudiera saber que alguna vez llegaría a instalarse allí? Sí, allí estaba él por fin y esperaba quedarse tanto tiempo como Dios le permitiera. Aquel lugar le parecía más espléndido que ningún otro en el mundo y quería darnos allí mismo la palabra, con la mano en el pecho, de que sería un buen vecino, un honrado vecino. Hablaba tan rápido, con tanta alegría y tan de corrido que apenas tenía una ocasión de interrumpirle. Así, al menos, tuve tiempo de sobra para observarle con detenimiento. El tal Limpley era un imponente ejemplar de hombre, de casi

dos metros de altura y con los hombros anchos como sillares, unos hombros que habrían sido todo un honor para un descargador. Pero como ocurre a menudo con los gigantes, se reveló como un hombre de una bondad infantil. Sus ojos pequeños, un tanto acuosos cuando sus párpados rojizos se abrían y cerraban, inspiraban una total confianza. Al reír y al hablar mostraba sin cesar sus dientes blancos y brillantes. No sabía muy bien qué hacer con sus manos grandes, pesadas. Se esforzaba por dejarlas quietas y se notaba que hubiera preferido posarlas con aire de camaradería sobre el hombro de su interlocutor, de modo que, para liberarse de su fuerza, al menos hacía crujir un poco las falanges de sus dedos. Que si podía acompañarnos en nuestro paseo tal y como estaba, en mangas de camisa. Cuando le dijimos que sí, se puso a caminar con nosotros y nos contó esto y lo otro: que por parte de madre procedía de escoceses, pero que había crecido en Canadá. Entretanto, señalaba un árbol frondoso o una hermosa ladera, diciendo lo espléndido, lo incomparablemente espléndido que era aquello. Habló, rió, se entusiasmó casi sin pausa. De aquel hombre enérgico, sano, vital, irradiaba una refrescante corriente de fuerza y felicidad que le arrastraba a uno sin que pudiera evitarlo. Cuando al final nos despedimos, estábamos los dos como quien dice entusiasmados.

—La verdad es que hace tiempo que no me topo con un hombre tan cordial, tan pletórico —manifestó mi marido, que, como ya observé con anterioridad, suele mostrarse siempre muy prudente y reservado a la hora de emitir cualquier juicio sobre los demás.

Pero no pasó mucho tiempo, y la alegría de los primeros momentos con respecto a nuestro nuevo vecino empezó a entibiarse de manera sensible. Desde el punto de vista humano, a Limpley no se le podía reprochar lo más mínimo. Era bondadoso hasta la exaltación. Era simpático y hasta tal punto obsequioso que, de hecho, tenía uno que rechazar de continuo sus ofrecimientos. Además era honrado, íntegro, abierto y en absoluto tonto. Pero resultaba difícil de soportar por la manera sonora y ostentosa que tenía de ser permanentemente feliz. Sus pálidos ojos resplandecían siempre de satisfacción, por todo y por cada cosa en concreto. Todo lo que tenía, todo lo que encontraba era magnífico, *wonderful*. Su mujer era la mejor mujer del mundo. Sus rosas eran las más bonitas. Su pipa era la mejor pipa del mundo, y él tenía el mejor tabaco. Podía estar un cuarto de hora hablando con mi marido para demostrarle que una pipa había que rellenarla exactamente de la manera en que lo hacía él y que su tabaco era un penique más barato y, sin embargo, mejor que las marcas más caras. Rebosando sin cesar de entusiasmo por cosas del todo insignificantes, indiferentes y obvias, sentía la necesidad de fundamentar y explicar aquellos banales arrebatos hasta el mínimo detalle. En él, el motor, ruidoso, jamás se paraba. Limpley no podía trabajar en el jardín sin cantar en voz alta, sin hablar, sin reír y gesticular. No podía leer el periódico sin dar un brinco al instante y correr hacia nosotros en cuanto se encontraba con una noticia que le llamaba la atención. Sus manos anchas, llenas de pecas, como su gran corazón, resultaban siempre agresivas. No era tan sólo que diera unas palmadas a cada caballo y acariciara a cada perro con los que se encontraba, también mi marido, a pesar de ser al menos veinticinco años más viejo, tenía que permitir que cuando estaban juntos plácidamente sentados le golpeará las rodillas con la naturalidad propia de un camarada canadiense. Como con su corazón cálido y desbordante se apasionaba por todo, estando por así decir siempre transido de emoción, le parecía que también se podía sobreentender el interés por parte de todos los demás, y uno tenía que tramar cien pequeñas argucias para librarse de su insistente bondad. No respetaba ninguna hora de descanso ni sueño alguno, pues en su plenitud de fuerzas no podía siquiera imaginar que otra persona pudiera estar cansada o de mal humor, y en su fuero interno

habría uno deseado rebajar a un grado normal su excelente, aunque apenas soportable vitalidad por medio de una inyección diaria de bromuro. Muchas veces pillé a mi marido, después de que Limpley hubiera estado durante una hora sentado en nuestra casa —sentado no, más bien se pasaba todo el tiempo dando saltos y abalanzándose aquí y allá por la habitación—, abriendo la ventana de manera instintiva, como si el espacio con la presencia de aquel ser humano dinámico y de alguna manera brutal se hubiera recalentado. Tan pronto como se encontraba uno sentado frente a él y miraba aquellos ojos claros, buenos, sí, desbordantes de bondad, no podía estar disgustado con él. Tan sólo después, por el agotamiento que se sentía, se daba uno cuenta de que deseaba que se lo llevara el diablo. Jamás, antes de conocer a Limpley, habíamos visto nosotros, gente mayor, que virtudes tan justas como la bondad, la cordialidad, la franqueza y la afectuosidad, por culpa de un estridente exceso, pudieran llevarle a uno a la desesperación.

Entonces entendí también lo que en un principio me había resultado incomprendible: que en modo alguno significaba una falta de afecto por parte de su mujer cuando se tomaba su ausencia con una serena satisfacción, pues ella era la verdadera víctima de su desmesura. Es evidente que la amaba con pasión, como amaba con pasión todo lo que poseía o le pertenecía. Era conmovedor el cariño con el que la rodeaba, con qué cuidado la protegía. Bastaba con que ella estornudara una sola vez, y él ya corría y le llevaba un abrigo o revolvía en la chimenea para atizar otra vez el fuego. Y cuando ella se marchaba a la ciudad, él le daba mil consejos, como si la mujer fuera a afrontar un peligroso viaje. Jamás escuché una palabra descortés entre ellos. Al contrario, a él le gustaba ensalzarla y elogiarla de tal modo que llegaba a resultar molesto. Tampoco en nuestra presencia podía él evitar acariciarla y pasarle la mano por el pelo y sobre todo enumerar miles de perfecciones imaginables.

—¿Se han dado ya ustedes cuenta de lo preciosas que tiene las uñitas mi Ellen? —podía preguntar de repente y, aunque ella protestaba avergonzada, no tenía más remedio que mostrar las manos. Y después había que admirar lo bien que se arreglaba el pelo. Como es evidente, nosotros teníamos que probar cada una de las mermeladitas que preparaba ella y que, en opinión de él, eran incomparablemente mejores que todas las de las más famosas fábricas de Inglaterra. La mujer, silenciosa, discreta, en aquellas penosas ocasiones se quedaba siempre con la mirada baja, consternada. Al parecer, había renunciado ya a la idea de defenderse frente a aquella manera de comportarse de su marido, que era como una catarata. Le dejaba hablar, contar, reír y, a lo sumo, se le escapaba algún lánguido «ay» o algún «eso es».

—No lo tiene fácil —dijo en una ocasión mi marido cuando regresábamos a casa—. Pero la verdad es que a él no se le puede tomar nada a mal. Es un hombre sumamente bueno, y ella puede ser feliz con él.

—Al diablo con la felicidad de él —exclamé yo irritada—. Es una desfachatez ser feliz de una manera tan ostentosa y andar por ahí ventilando con tanto descaro sus sentimientos. Yo me volvería loca con un exceso semejante, con tal exuberancia de cortesía. ¿Es que no ves que él, fanfarroneando de felicidad y con su mortal vitalidad, hace profundamente infeliz a esa mujer?

—No exageres —me reprendió mi marido.

En el fondo tenía razón. La mujer de Limpley en modo alguno era desdichada o, mejor dicho, ya no lo era. Ya era incapaz de sentir algo de manera clara. Sencillamente, estaba paralizada y agotada por aquella sobreabundancia de vitalidad. Cuando Limpley se marchaba cada mañana a la oficina y su última palabra de despedida se extinguía en la

puerta del jardín, yo observaba que ella en un principio se sentaba o se estiraba, sin hacer nada de nada, sólo para disfrutar de algo tan poco habitual como que a su alrededor hubiera silencio. Y durante toda la jornada había en sus movimientos un ligero aire de cansancio. No era fácil entablar una conversación con ella, pues en realidad durante los ocho años que llevaba casada casi se había olvidado de hablar. En una ocasión me contó cómo había llegado a casarse. Vivía con sus padres en el campo. El pasó por allí durante una excursión, y con su exaltación salvaje se prometió y se casó con ella, sin que ella supiera bien quién era él y cuál era su profesión. Pero con ninguna palabra, ni con una sola sílaba aquella mujer silenciosa y agradable me dio a entender que no fuera feliz. Y, sin embargo, supe precisamente por su esquiva actitud como mujer dónde residía la verdadera cruz de aquel matrimonio. Durante el primer año habían esperado tener un hijo, y durante el segundo. También durante el tercero. Después, tras seis o siete años, habían perdido la esperanza. Y ahora los días para ella resultaban demasiado vacíos y las noches, en cambio, sobrecargadas con la estrepitosa turbulencia de él. Lo mejor, pensé, sería que adoptara a un niño o que hiciera deporte o se buscara alguna actividad. Estar sentada en silencio sin hacer nada debe de llevar a la melancolía, y esa melancolía a su vez a una especie de odio frente a la provocadora alegría de él, extenuante para una persona normal. Debería tener algo o a alguien a su alrededor. Si no, la tensión será demasiado grande.

Quiso la casualidad que yo debiera desde hacía semanas una visita a una amiga de juventud que vivía en Bath. Estuvimos charlando tranquilamente, y de pronto se acordó de que quería enseñarme algo precioso y me llevó afuera, al patio. En la penumbra del granero al principio tan sólo vi que algo se revolvía en la paja, se encogía y se arrastraba. Se trataba de cuatro cachorros de *bulldog* de unas seis o siete semanas, que torpemente andaban a tientas con sus anchas patas y de cuando en cuando intentaban ladrar gimoteando. Eran monísimos. Cómo tropezaban al salir del cesto en el que yacía la madre, voluminosa y desconfiada. Alcé a uno de ellos cogiéndolo por el suave pellejo que le sobra. Tenía manchas marrones y blancas y con su deliciosa nariz chata hizo todos los honores al noble pedigrí que su dueña me estaba detallando. No pude evitar ponerme a jugar con él, enojarle, molestarle y dejarle que, desmañado, me mordisqueara los dedos. Mi amiga preguntó si me lo quería llevar. A ella le gustaban mucho los perros y sólo estaba dispuesta a regalarlos si iban a parar a una casa adecuada, en la que recibieran buenos cuidados. Dudé, pues sabía que mi marido había jurado, desde que perdiera a su querido *spaniel*, que no haría depender su corazón por segunda vez de otro perro. Pero entonces se me ocurrió que aquel encantador animal podía ser un compañero de juegos perfecto para la señora Limpley. Y prometí a mi amiga contestarle al día siguiente. Por la noche expuse mi propuesta a los Limpley. La mujer guardó silencio. Estaba acostumbrada a no expresar ninguna opinión, pero Limpley con su habitual entusiasmo estuvo de acuerdo. Sí, era lo único que les faltaba. Una casa sin perro no es una verdadera casa. En su impetuosidad, lo que más le hubiera gustado habría sido obligarme a ir con él a Bath por la noche, despertar a mi amiga y recoger el animal. Pero como yo rechacé aquel exceso, no tuvo más remedio que conformarse. Al día siguiente en una cestita les trajeron a casa al joven *bulldog*, haciendo pucheros y muy extrañado por el imprevisto viaje.

Lo cierto es que el resultado fue muy diferente de lo que habíamos previsto. Mi intención había sido dar a aquella mujer silenciosa, que se pasaba el día entero sola, un compañero en aquella casa vacía. Pero fue el propio Limpley, con su necesidad por completo inagotable de cariño, quien se volcó con el perro. Su entusiasmo por el pequeño y gracioso animal era ilimitado y, como siempre en su caso, exagerado y un poco ridículo.

Por descontado, *Ponto* —es el nombre que se le puso por algún motivo incomprensible— era el más hermoso y el más listo de todos los perros de la tierra, y cada día, cada hora, Limpley descubría en él nuevas excelencias y nuevos talentos. Derrochó el dinero, comprando todo lo que encontró en lo que se refiere a sofisticados adminículos para el cuidado de estos cuadrúpedos: correa, cestitos, bozal, escudillas, juguetes, pelotas y huesitos. Limpley estudió todos los artículos y anuncios que en los periódicos se ocupaban del cuidado y de la alimentación de los perros, y se suscribió incluso a una revista canina para alcanzar unos conocimientos especializados más sólidos. La poderosa industria, que vive exclusivamente de semejantes locos por los perros, ganó con él un nuevo e incansable cliente. Con la más pequeña excusa molestaba al veterinario. Necesitaría varios tomos para describir todas las exageraciones que en una serie ininterrumpida produjo esta nueva pasión. A menudo oíamos unos fuertes ladridos que venían de la casa vecina. Pero no era el perro el que ladraba, sino el amo, que yacía tirado en el suelo y se esforzaba, imitando el lenguaje canino, por estimular a su favorito a entablar un diálogo incomprensible para el resto de los mortales. El avituallamiento del mimado animal le ocupaba más que el propio. Seguía temerosamente todas las instrucciones dietéticas de los profesores caninos. La comida de *Ponto* era mucho más lujosa que la de Limpley y su mujer. Y cuando en una ocasión apareció en el periódico algo acerca del tifus —por lo demás, en una provincia completamente distinta—, el perro no recibió más que agua mineral. Si una pulga irrespetuosa osaba de cuando en cuando hacer una visita al intocable animal y humillarle de manera infame hasta el extremo de obligarlo a rascarse con una pata o a rebuscar mordisqueando, Limpley, furioso, se hacía cargo de la deplorable operación de cazar la pulga. En mangas de camisa, inclinado sobre la tina con agua desinfectada, trabajaba con peine y cepillo, impertérrito, hasta que el último de los molestos huéspedes había sido liquidado. Ningún esfuerzo era demasiado para él, ninguna humillación lo suficientemente vergonzosa, y ningún hijo de rey podía ser protegido con tanto afecto y cuidado. Lo único bueno en medio de todas aquellas locuras fue que, como consecuencia de aquella fijación de todas sus facultades emocionales en el nuevo objeto, tanto su mujer como nosotros nos vimos aliviados de manera apreciable de la impetuosidad de Limpley. Se marchaba horas y horas de paseo con el perro. Y le hablaba a él, sin que aquel animal de grueso pellejo que andaba todo el tiempo olisqueando por ahí se dignara a atenderle. La mujer miraba sonriendo y sin ningún tipo de celos cómo su marido practicaba su idolatría diaria ante aquel altar de cuatro patas. Lo que le quitaba a ella era tan sólo aquel molesto y difícilmente soportable excedente de sentimiento, y aún le seguía quedando una gran cantidad de cariño. De modo que era innegable que el nuevo compañero doméstico había hecho que el matrimonio fuera, si cabe, más dichoso que antes.

Entretanto, *Ponto* fue creciendo semana a semana. Las gruesas e infantiles arrugas en su pellejo se llenaron de carne dura, prieta y bien musculada. Se convirtió en un animal imponente con el pecho amplio, fuertes mandíbulas y el lomo bien cepillado. De natural también bondadoso, se volvió desagradable en cuanto reconoció su posición dominante en la casa, gracias a la cual adoptó una conducta altanera y despótica. El animal, listo y observador, no necesitó mucho tiempo para darse cuenta de que su dueño o, mejor dicho, su esclavo le perdonaba cualquier impertinencia. Empezó por mostrarse tan sólo desobediente, pero pronto adquirió modales tiránicos y se negó por principio a hacer cualquier cosa que pudiera interpretarse como un acto de sumisión. Ante todo, no permitía en la casa intimidad alguna. Nada podía ocurrir sin que él estuviera presente y, en el fondo, sin su expreso consentimiento. Siempre que venía una visita, se lanzaba, soberbio, contra la puerta

cerrada, totalmente seguro de que Limpley, servicial, daría un salto para ir a abrirle, y después, altivo, sin dedicar siquiera una mirada a los invitados, se subía a un sillón, para mostrarles de manera evidente que él era el verdadero señor de la casa y que a él sobre todo se le debía admiración y reverencia. Que ningún otro perro podía siquiera acercarse a la valla es obvio, pero también ciertas personas, contra quienes él había anunciado en alguna ocasión su rechazo gruñendo, como el hombre que traía el correo o el lechero, se veían obligadas a depositar sus paquetes o las botellas en el umbral, en lugar de poder llevarlos al interior de la casa. Cuanto más se humillaba Limpley en su infantil locura amorosa, peor le trataba el petulante animal. Poco a poco *Ponto* ideó incluso, por más que pueda parecer inverosímil, todo un sistema para demostrar que, aunque, indulgente, toleraba las caricias y el entusiasmo, en modo alguno se sentía obligado a ningún tipo de gratitud por aquellos agasajos diarios. Por principio, cada vez que Limpley le llamaba le hacía esperar. Y pronto el infernal fingimiento de *Ponto* llegó tan lejos que se pasaba todo el día por ahí cazando como un perro normal, pletórico, persiguiendo gallinas, nadando en el agua, comiéndose ávido cuanto se le cruzaba en el camino y entregándose a su distracción favorita, que consistía en lanzarse con alevosía y con el ímpetu silbante de un petardo a una carrera veloz y silenciosa por la pradera hasta el canal para, con un malicioso y brutal golpe de cabeza, tirar al agua los cestos de la ropa y las tinas colocados en la orilla, y después, con un colosal aullido de triunfo, danzar en torno a las mujeres y a las muchachas, desesperadas, que tenían que sacar del agua su ropa, prenda por prenda. Pero enseguida, como estaba a punto de llegar el momento en el que Limpley volvía de la oficina, el redomado comediante deponía su traviesa actitud y adoptaba la de un inabordable sultán. Acostado perezosamente y sin hacer el más mínimo gesto de bienvenida esperaba a su amo, que con un fuerte «hola, *Ponty*» se abalanzaba sobre él, antes de haber saludado a su mujer o de haberse quitado la chaqueta. *Ponto* ni siquiera movía la cola para devolverle el saludo. En ocasiones, magnánimo, se dejaba rodar sobre el lomo para que le rascara la suave y sedosa piel de la tripa, pero también en aquellos condescendientes instantes se guardaba bien de revelar por medio de algún resuello o con un gruñido de placer que aquella caricia le gustaba. Su domeñado siervo debía ver claramente que cuando permitía que le hiciera todas aquellas caricias tan sólo se trataba de un favor. Y con un breve bufido, que más o menos debía de significar «¡pero ya está bien!», se volvía de repente y daba el juego por terminado. De la misma manera se hacía de rogar cada vez que Limpley le daba de comer aquel hígado en tiras que le acercaba hasta el hocico trocito a trocito. A veces se limitaba a olisquearlo y, desdeñoso, lo rechazaba, a pesar de todo lo que Limpley pudiera decirle, únicamente para demostrar que no siempre se dignaba tomar las comidas cuando se las servía aquel criado bípedo. Si le invitaban a dar un paseo, primero se daba la vuelta y se estiraba perezoso y bostezaba tanto que uno podía verle hasta el gaznate cubierto de manchas negras. De entrada mostraba con descaro que a él personalmente un paseo no le decía mucho y que sólo por deferencia hacia Limpley se levantaba del sofá. Mimado y por ello descortés, con miles de trucos parecidos obligaba a su amo a adoptar ante él la actitud de un mendigo suplicante. En el fondo, habría que calificar antes de «perruna» la servil pasión de Limpley que el comportamiento del impertinente animal, que representaba el papel de un pachá oriental con una perfección propia del mejor entre todos los actores.

Nosotros dos, mi marido y yo, simplemente no podíamos seguir contemplando por más tiempo las desvergüenzas de aquel tirano. Listo como era, *Ponto* enseguida se dio cuenta de nuestra irrespetuosa actitud y por su parte se esforzó por mostrarnos su desdén del modo más grosero. No se podía negar que tenía carácter. Desde el día en que nuestra

muchacha, cuando él dejó una huella inequívoca de su paso por el arriate de las rosas, le echó enérgica de nuestro jardín, nunca más volvió a colarse por debajo del compacto seto que, apacible, limitaba nuestro terreno, y se negó también, a pesar de las palabras y de los ruegos de Limpley para intentar convencerle, a pisar siquiera nuestro umbral. Nosotros renunciábamos con placer a sus visitas. Más embarazoso resultaba, en cambio, que cuando nos encontrábamos con Limpley por la calle o delante de la casa estando en su compañía, y el hombre, bondadoso y locuaz, entablaba un diálogo con nosotros, el tiránico animal, con su provocativo comportamiento, hacía que bajo ningún concepto pudiéramos mantener una conversación amistosa un poco más larga. A los dos minutos empezaba a aullar furioso o a gruñir y, sin ningún miramiento, restregaba la cabeza, estirada hacia arriba, contra la pierna de Limpley, lo que sin lugar a dudas significaba: «¡Acaba ya! No parlotees con esas personas repugnantes».

Y me da vergüenza decirlo, pero debo confesar que Limpley en aquellos casos siempre se intranquilizaba. Primero trataba de aplacar al impertinente diciéndole:

—¡Enseguida! ¡Enseguida! Ya nos vamos.

Pero el tirano no se dejaba contentar, y así el pobre siervo —algo avergonzado y perplejo— se despedía de nosotros. Y con las ancas orgullosamente erguidas, con aire visiblemente triunfal por habernos mostrado lo ilimitado de su poder, el arrogante animal se marchaba de allí al trote. Yo por lo general no soy violenta, pero en esas ocasiones siempre sentía en la mano el hormigueo de por una vez, sólo por una vez, darle con el látigo a aquel pícaro malcriado.

Así *Ponto*, un perro de lo más común, había conseguido enfriar de manera evidente nuestra relación hasta entonces tan amistosa. Era obvio que Limpley sufría por no poder precipitarse sobre nosotros tal y como solía hacer en otro tiempo. La mujer, por su parte, se avergonzaba, porque se daba cuenta de hasta qué punto su marido hacía el ridículo ante todos nosotros con su comportamiento servil. Con aquellas pequeñas escaramuzas pasó de nuevo un año, durante el cual el perro se volvió aún más descarado y más despótico si cabe y, sobre todo, más refinado en el trato humillante que dispensaba a Limpley, hasta que un día se produjo un cambio que sorprendió a todos los implicados en la misma medida. A unos, por cierto, de manera alegre. Al principal implicado, de un modo trágico. Yo no tuve más remedio que informar a mi marido de que desde hacía dos o tres semanas la señora Limpley evitaba con singular recelo cualquier conversación un poco larga. Por lo general, como buenas vecinas nos prestábamos esto y lo otro siempre que hacía falta, lo que en cada ocasión propiciaba una plácida charla, pues a mí aquella mujer tranquila y discreta me gustaba mucho. Pero desde hacía algún tiempo percibía en ella una desagradable resistencia a acercarse a mí. Cuando deseaba algo, prefería mandar a la chica de servicio. Y cuando yo le hablaba, se mostraba visiblemente turbada y no dejaba que la mirara directamente a los ojos. Mi marido, que sentía una especial simpatía hacia ella, me animó a que sencillamente fuera a verla y le preguntara sin rodeos si, sin darnos cuenta, la habíamos molestado de algún modo.

—No hay que dejar que prosperen semejantes malentendidos entre vecinos. Y tal vez sea precisamente lo contrario de lo que tú temes, tal vez, y estoy convencido de ello, quiera pedirte algo y no tenga valor para hacerlo.

Atendí su consejo. Me dirigí hacia allí y la encontré en el sillón del jardín tan sumida en sus ensoñaciones que no me oyó llegar. Le puse la mano en el hombro y, con franqueza, le dije:

—Señora Limpley, soy una mujer mayor, no tengo por qué sentir ningún reparo.

Déjeme que sea yo la que empiece. Si de alguna manera está usted molesta con nosotros, dígame abiertamente con qué motivo y por qué.

La pobre mujer se levantó por completo asustada. ¡Cómo podía pensar algo así! Únicamente no había venido porque... En lugar de continuar, enrojeció y empezó a sollozar, pero era, si puedo decirlo así, un sollozar bueno, feliz. Al final me lo confesó todo. Tras nueve años de matrimonio hacía tiempo que había perdido la esperanza de ser madre e incluso, cuando en las últimas semanas había aumentado su sospecha de que al fin podía darse lo inesperado, no había tenido el valor de creer en ello. Dos días antes había ido en secreto a ver al médico y ahora estaba segura. Pero aún no había sido capaz de informar a su marido. Ya sabe usted cómo es. Casi tenía miedo frente a la exaltación de su alegría. Se preguntaba si lo mejor no sería —no había tenido el valor de pedírnoslo— que nos ocupáramos de prepararle un poco. Le dije que lo haría encantada. A mi marido le apeteció mucho e intencionadamente abordó la cuestión de una manera bastante graciosa. Dejó a Limpley una nota en la que le rogaba que viniera a vernos en cuanto volviera del trabajo. Y, como es obvio, el bueno del muchacho, tan diligente como era, se precipitó hacia nuestra casa, sin tomarse siquiera el tiempo necesario para quitarse el abrigo. Estaba visiblemente preocupado con la idea de que nos hubiera ocurrido algo y, por otro lado, francamente feliz de poder demostrarnos, casi podría decir, de poder desfogar su amable obsequiosidad. Se presentó ante nosotros sin aliento. Mi marido le rogó que se sentara a la mesa. Aquella solemnidad desacostumbrada le inquietó, y una vez más no sabía qué hacer con sus grandes y torpes manos cubiertas de pecas.

—Limpley —empezó a decir mi marido—. Ayer por la noche estuve pensando en usted mientras leía en un viejo libro que todo hombre no debe desear demasiado para sí, sino tan sólo una cosa, siempre una única cosa. Entonces pensé: «¿Qué podría desear, por ejemplo, nuestro buen vecino si un ángel o un hada o cualquier otra de esas gentiles criaturas le preguntara: “Limpley, ¿qué es lo que te falta? Te permito expresar un deseo...”?».

Limpley levantó la vista aturdido. El asunto le divertía, pero no se fiaba del todo de la broma. Seguía teniendo la inquietante sensación de que tras aquel ceremonioso emplazamiento se ocultaba algo especial.

—Bueno, Limpley, considéreme como si fuera el hada complaciente —dijo mi marido para calmar su perplejidad—. ¿Acaso no tiene ningún deseo?

Limpley, medio en serio, medio riendo, se rascó la cabeza, con el cabello rojizo cortado al rape.

—En realidad, no —acabó por confesar—. Tengo todo lo que quiero. Mi casa, mi mujer, un trabajo seguro, mi...

Me di cuenta de que iba a decir «mi perro», pero en el último instante le pareció que no era correcto.

—Sí, en realidad, lo tengo todo.

—¿De modo que no tiene ningún deseo que expresar al ángel o al hada?

Limpley se puso cada vez más contento. Se sintió radiante de felicidad por poder decir lo completamente feliz que era.

—No. Ninguno.

—Lástima —dijo mi marido—. Lástima que no se le ocurra nada.

Y guardó silencio. Bajo aquella mirada inquisitiva, Limpley se sintió algo incómodo.

—Naturalmente, podríamos necesitar algo más de dinero... Un pequeño ascenso...

Pero, lo dicho, estoy satisfecho. No se me ocurre nada que pudiera desear.

—Pobre ángel —dijo mi marido con fingida ceremonia—. De modo que debe irse con las manos vacías, porque el señor Limpley no sabe qué es lo que puede querer... Bueno, por suerte el bueno y atento del ángel no se ha marchado de inmediato, y antes de irse ha preguntado a la señora Limpley. Y parece que con ella ha tenido algo más de suerte.

Limpley se quedó desconcertado. En aquel momento el buen hombre, con sus pálidos ojos y la boca entreabierta, tenía un aire un tanto bobalicón. Pero hizo un esfuerzo y casi enojado declaró que no podía entender cómo alguien que formaba parte de su familia no fuera por completo feliz.

—¿Mi mujer? ¿Cómo puede desear algo más que un perro?

Entonces comprendió. Fue como un rayo. Sin querer, del susto, abrió tanto los ojos que sólo se le veía lo blanco en lugar de las pupilas. De un golpe se levantó dando un brinco y, olvidando su abrigo y sin disculparse ante nosotros, corrió hacia su casa y como un enajenado se precipitó en la habitación de su mujer.

Nosotros dos nos reímos, aunque no nos sorprendió. Conociendo su célebre impetuosidad, no habíamos esperado otra cosa.

Pero hubo alguien que sí se sorprendió. Hubo alguien que, perezoso y con los ojos semicerrados, parpadeando, yacía en el sofá y que a aquella hora de la tarde esperaba la reverencia de su señor. El bien cepillado y despótico *Ponto*. Pero... ¿Qué era aquello? Aquel hombre se abalanzaba, sin saludarle, sin hacerle una sola caricia, pasando de largo en dirección al dormitorio, donde ahora se escuchaban risas y llores y discursos y sollozos, y aquello duraba y duraba y nadie se preocupaba por él, a quien por derecho y por tradición se le debía el primer saludo cariñoso. Pasó una hora. La muchacha le trajo el plato con la comida. *Ponto*, despreciativo, no la probó. Estaba acostumbrado a que le pidieran, le estimularan, a ser rogado, apremiado, alimentado. Furioso, gruñó a la muchacha. Tenían que ver que no se le podía despachar con tanta indiferencia. Pero aquella tarde de tanta excitación nadie se percató de que él desdénaba la comida. Le habían olvidado, y siguió olvidado. Limpley se dirigió sin cesar a su mujer, la abrumó con instrucciones preocupadas y la colmó de caricias. En su exceso de felicidad, no tuvo ni una mirada para *Ponto*. Y el arrogante animal era a su vez demasiado orgulloso como para recordarle su presencia acercándose a ellos. Hecho un ovillo, permaneció en su rincón y esperó. Sólo podía tratarse de un malentendido, de un olvido aislado, si bien difícilmente disculpable. Pero esperó en vano. También a la mañana siguiente Limpley, quien, con sus innumerables advertencias acerca de cómo debía cuidarse la joven mujer, estuvo a punto de perder el autobús, pasó junto a él sin saludarle.

El animal era listo, sin duda. Pero aquel cambio repentino superaba su entendimiento. Por casualidad yo me encontraba precisamente junto a la ventana cuando Limpley se subió al autobús y vi cómo, en cuanto él hubo desaparecido, *Ponto* se deslizaba fuera de la casa muy lentamente —y yo diría que pensativo— y seguía con la mirada al vehículo que se alejaba de allí rodando. Se quedó así, sin moverse, durante una media hora, al parecer esperando que su amo regresara y fuera en busca del saludo de despedida que había olvidado. Sólo entonces se dio la vuelta despacio. Durante todo el día estuvo sin jugar y sin alborotar, tan sólo dio vueltas alrededor de la casa, cansino y meditabundo. Tal vez —quién de nosotros sabe de qué manera y hasta qué punto un cerebro animal es capaz de imaginar— estuviera cavilando si él mismo, con algún torpe comportamiento, no habría tenido la culpa de la incomprensible ausencia del habitual agasajo. Por la tarde, aproximadamente una media hora antes de la hora a la que solía regresar Limpley, el perro

se puso visiblemente nervioso. Una y otra vez se deslizó con las orejas gachas hacia la valla para divisar a tiempo el autobús. Pero, como es obvio, se guardó de mostrar con qué impaciencia había esperado. En cuanto apareció el autobús a la hora de costumbre, corrió al salón, se tumbó como siempre en el sofá y aguardó.

Pero también esta vez esperó en vano. También esta vez Limpley corrió, pasando de largo junto a él, y así ocurrió desde entonces un día tras otro. En un par de ocasiones Limpley le vio, le dirigió un fugaz «ah, pero si estás ahí, *Ponto*» y le hizo una caricia al pasar. Pero fue tan sólo un gesto indiferente, distraído. No se trataba ya de la solicitud y el servilismo de antaño. No hubo palabras de cariño, ni juegos, ningún paseo más. Nada, nada de nada. No se puede decir que Limpley, aquel hombre en esencia bondadoso, fuera culpable de tan dolorosa indiferencia, ya que no tenía ningún otro pensamiento, ninguna otra preocupación que su mujer. En cuanto llegaba a casa, la acompañaba a cualquier parte que quisiera ir y la llevaba cuidadosamente del brazo a dar paseos medidos con exactitud, sólo para que no diera ningún paso demasiado rápido o imprudente. Vigilaba su dieta y hacía que la chica le informara puntualmente de lo que había ocurrido durante cada una de las horas del día. Por la noche, cuando ella ya se había acostado, venía casi cada día a vernos a nosotros, para que yo, como mujer con experiencia, le diera consejo y alivio. Compró en algunos almacenes el equipo para el niño que esperaban, y todo aquello lo hizo en un estado de ininterrumpida y laboriosa excitación. Su vida personal se había apagado por completo. En ocasiones se olvidó de afeitarse durante dos días, y con frecuencia llegó al trabajo demasiado tarde, porque con sus interminables advertencias había perdido el autobús. De modo que si se olvidaba de llevar a *Ponto* de paseo o no se preocupaba por él, en lo más mínimo se trataba de malicia o de una deslealtad intrínseca. Se trataba tan sólo de la confusión de una persona muy apasionada y casi propensa a la monomanía, que con todos sus sentidos, pensamientos y emociones se perdía en un único objeto. Pero si ya los seres humanos, a pesar de disponer de una mente lógica con la que pueden pensar a priori y retrospectivamente, apenas son capaces de disculpar sin resentimiento un desaire que se les haya causado, cómo podría haberlo hecho el obtuso animal. *Ponto* se volvió, semana tras semana, más nervioso e irritable. Su sentido del honor no soportaba que el dueño de la casa le relegara de aquella manera tan sencilla, como tampoco que le hubieran degradado a la categoría de personaje secundario. Si hubiera podido razonar, se habría acercado a Limpley, suplicante y lisonjero, y entonces su antiguo adorado seguro que se habría dado cuenta de la negligencia cometida. Pero *Ponto* era aún demasiado orgulloso como para andar arrastrándose. No era él quien debía dar el primer paso para la reconciliación, sino su amo. De modo que decidió llamar la atención por medio de toda clase de muestras de habilidad. A la tercera semana de pronto empezó a cojear y a arrastrar la pata trasera izquierda como si la tuviera paralizada. En circunstancias normales Limpley, amoroso e inquieto, le habría examinado de inmediato, para comprobar si no se había clavado una espina en la pata. Se habría compadecido de él y a toda prisa habría llamado al veterinario. Se habría levantado sin duda alguna tres o cuatro veces por la noche para ver cómo se encontraba. Pero en esta ocasión ni él ni nadie en la casa se percató de aquella cojera de comediante, y a *Ponto* no le quedó más remedio que, irritado, suspenderla. De nuevo un par de semanas después lo intentó con una huelga de hambre. Dispuesto a sacrificarse, dejó su comida sin tocar durante dos días. Pero a nadie le preocupó su pérdida de apetito, cuando en otro tiempo, si una sola vez en uno de sus tiránicos arrebatos no se terminaba su sopita, Limpley, solícito, le habría traído unas galletas especiales o una loncha de embutido. El hambre acabó por vencer la voluntad del animal, que devoró su comida a escondidas y con

mala conciencia, sin saborearla. En otra ocasión probó una vez más a llamar la atención, escondiéndose durante todo un día. Se acurrucó cuidadosamente en algún rincón cerca de la casa, en el viejo cobertizo abandonado, desde el que poder escuchar con placer cómo, preocupados, gritaban su nombre. Pero nadie le llamó. Nadie se dio cuenta, ni se alarmó por su ausencia. Su tiranía se había venido abajo. Estaba destronado, humillado, olvidado, y ni siquiera sabía por qué.

Creo que fui yo la primera que se dio cuenta de la transformación que desde hacía semanas había empezado a operarse en el perro. Se quedó escuchimizado y comenzó a andar de una manera diferente. En lugar de hacerlo como en otro tiempo, tieso y pavoneándose con las ancas levantadas, andaba deslizándose como si le hubieran azotado. Su pelaje, que antes le cepillaban cada día con el mayor cuidado, perdió su brillo de seda. Cuando se topaba uno con él, agachaba la cabeza, de modo que no se le pudieran ver los ojos, y se largaba a toda prisa. Pero aun cuando se le había humillado de manera deplorable, su viejo orgullo no estaba vencido por completo. Aún se avergonzaba delante de nosotros, y su cólera secreta no halló mejor salida que redoblar los ataques a los cestos de la ropa. En una semana tiró no menos de tres al canal, para demostrar brutalmente que estaba allí y que había que respetarle. Pero tampoco aquello le sirvió más que para que las muchachas, excitadas, le amenazaran con darle una paliza. Todas sus artimañas y trucos, su ayuno, su cojera, su ausencia, su andar rebuscando vigilante, se revelaron inútiles, y en vano torturó su dura cabeza cuadrada. Algo misterioso debió de haber ocurrido por aquellos días, algo que él no comprendía. Algo cambió y siguió siendo desde entonces distinto en la casa y en cada una de las personas de la casa. Y con desesperación, *Ponto* reconoció que era impotente frente a lo que, solapado, sucedía o había ocurrido allí. Era indudable. Alguien estaba en contra de él. Algún poder maligno, extraño. El, *Ponto*, tenía un enemigo. Un enemigo más poderoso que él. Y aquel enemigo era invisible, inasible. No se le podía agarrar, ni devorar. A aquel vil, taimado y cobarde adversario, que le había robado todo el poder en la casa, no se le podían partir los huesos con los dientes. Frente a él no servía de nada husmear en todas las puertas, ni vigilar, ni acechar con las orejas en punta, ni romperse la cabeza cavilando, ni observar. Aquel enemigo, aquel demonio, aquel ladrón era invisible y permaneció invisible. Como un poseso, *Ponto* merodeó sin descanso durante semanas en torno a la valla para tratar de descubrir alguna huella de aquel ser invisible, de aquel demonio, pero con todos sus sentidos en tensión tan sólo percibió que en la casa se preparaba algo que él no comprendía y que tenía que ver con aquel enemigo mortal. Para empezar, una mujer mayor —la madre de la señora Limpley— había aparecido de repente y dormía por las noches en el sofá del comedor, «su» sofá, sobre el que por lo general solía holgazanear él cuando no se sentía a gusto en su gran cesto lleno de buenos cojines. Después de nuevo volvieron a traer —¿para qué?— todo tipo de objetos, ropa blanca y paquetes. Una y otra vez llamaban a la puerta, y a menudo se dejó ver por allí un hombre vestido de negro con gafas, que olía a algo asqueroso, a tinturas penetrantes, monstruosas. La puerta que daba al dormitorio de la señora se abría y se cerraba sin cesar y siempre había alguien allí detrás cuchicheando. O las mujeres estaban sentadas, juntas, y hacían sonar los útiles de costura. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Y por qué se veía él excluido y desposeído de sus derechos? De tanto romperse la cabeza sin interrupción, el perro adquirió poco a poco una mirada fija, casi de cristal. Lo que distingue el entendimiento animal del humano es que se limita exclusivamente al pasado y al presente, y no es capaz de imaginar algo futuro o de contar con ello. Y allí, esto lo sintió aquel obtuso animal con una angustia desesperante, se preparaba algo, ocurría algo que iba contra él, algo ante lo que él, sin

embargo, no podía defenderse, como tampoco combatirlo.

Pasaron en total seis semanas antes de que el orgulloso, despótico y mimado animal, extenuado por aquella lucha estéril, capitulara humillado. Y, cosa extraña, depuso las armas ante mí. Aquella tarde de verano, mientras mi marido hacía sus solitarios en el salón, me senté un rato en el jardín. De pronto noté que algo cálido, algo liviano y vacilante, se arrimaba a mi rodilla. Era *Ponto*, que con su enfermiza arrogancia hacía año y medio que no había vuelto a pisar nuestro jardín y que ahora en su azoramiento buscaba refugio en mí. Quizá yo en aquellas semanas en las que los demás no le hacían ningún caso le había llamado en alguna ocasión al pasar junto a él o tal vez debí de acariciarle, de modo que en aquella su última desesperación se acordó de mí. Jamás olvidaré la mirada de súplica, apremiante, con la que me contempló. La mirada de un animal, en momentos de extrema necesidad, puede ser mucho más penetrante, casi podría decir, más expresiva que la de los seres humanos, pues nosotros comunicamos la mayor parte de nuestras emociones, de nuestros pensamientos, por medio de la palabra, que hace las veces de intermediaria, mientras que un animal, que no es capaz de hablar, se ve obligado a comprimir en sus pupilas todo lo que quiere transmitir. Nunca he visto la desorientación expresada de modo tan conmovedor y desesperado como entonces en aquella mirada indescriptible de *Ponto*, mientras con una de sus patas rascaba con delicadeza el borde de mi vestido y pedía. Pedía, me di cuenta hasta el punto de estremecerme, lo siguiente:

—Explícame qué es lo que tiene mi amo, qué es lo que tienen todos contra mí. ¿Qué ocurre ahí en casa contra mí? Ayúdame. Dime, ¿qué debo hacer?

Yo no sabía qué hacer frente a aquel ruego lastimoso. De manera involuntaria, le acaricié y, a media voz, murmuré:

—Mi pobre *Ponto*, tu tiempo ha pasado. Tendrás que acostumbrarte, como tenemos que hacerlo nosotros, a muchas cosas. Y a cosas malas.

*Ponto*, al oír lo que le decía, aguzó las orejas. Las arrugas en su frente se contrajeron de un modo atroz, como si de verdad quisiera comprender mis palabras. Impaciente, escarbó con la pata. Fue un gesto perentorio, exasperado, que tal vez significara:

—No te entiendo. ¡Explícamelo! ¡Ayúdame!

Pero yo sabía que no podía ayudarle. Le acaricié una y otra vez para tranquilizarle, pero en lo más hondo me di cuenta de que no tenía consuelo para él. Con calma se levantó y desapareció, sin volverse, sin hacer ruido, tal y como había llegado.

*Ponto* desapareció todo un día, toda una noche. Si se hubiera tratado de una persona, habría tenido miedo de que se hubiera suicidado. Al fin apareció al día siguiente por la noche, sucio, hambriento, asilvestrado y con algunos mordiscos. En su rabia impotente debía de haber caído presa de unos perros extraños. Pero le esperaba una nueva humillación. La muchacha no le dejó entrar en casa y le llevó la escudilla llena al umbral, sin preocuparse más de él. Aquel grosero ultraje estaba justificado por circunstancias especiales, pues acababa de presentarse la hora clave para la mujer, y las habitaciones estaban llenas de personas muy ocupadas. Limpley andaba por allí desorientado, con la cara roja y temblando de excitación. La partera corría de acá para allá, asistiendo al médico. La suegra, consoladora, estaba sentada junto a la cama. Y la muchacha tenía mucho que hacer. Incluso yo misma me presenté allí y esperé en el comedor, por si podía ser de alguna utilidad. Así, en realidad la presencia del animal sólo habría supuesto una incómoda molestia. Y, sin embargo, ¿cómo iba a comprender todo aquello con su embotado cerebro de perro? El excitado animal únicamente entendió que por primera vez le echaban fuera de

la casa —de su casa— como si fuera un extraño, como si fuera un mendigo, un aguafiestas, que de manera páfida se le mantenía alejado de algo importante que estaba ocurriendo allí, tras las puertas cerradas. Su rabia era indescriptible. Y con sus dientes poderosos partió los huesos que le arrojaron como si se tratara del pescuezo del enemigo invisible. Después se puso a husmear en derredor. Comprendió, agudizando los sentidos, que allí en la casa —en su casa— se habían metido también algunos extraños. Olfateó en el felpudo la huella que ya conocía de aquel odiado hombre vestido de negro y con gafas. Pero había otros allí, en la conspiración. El irascible animal acechó con las puntas de las orejas levantadas. Escuchó, pegado a la pared, voces fuertes y bajas, gemidos y gritos, y a continuación murmullos, pasos apresurados, cómo arrastraban algunos objetos, un tintinear de vasos y de metal. Algo estaba ocurriendo allí dentro, algo que él no entendía. Pero instintivamente sintió que se trataba de aquello que iba contra él. Se trataba de aquello que era la causa de su humillación, de su privación de derechos. Era el enemigo, el enemigo invisible, infame, cobarde, vil. Y ahora estaba allí de verdad. Ahora era visible. Ahora se le podía coger y darle por fin el merecido golpe de gracia. Con los músculos en tensión, temblando de rabia, el poderoso animal se acurrucó junto a la puerta de la casa, para enseguida, en cuanto se abriera, colarse dentro. Esta vez aquel páfido enemigo, el usurpador de sus derechos y privilegios, el asesino de su paz, no se le iba a escapar.

De todo aquello nadie en la casa se dio cuenta. Estábamos demasiado nerviosos y demasiado ocupados. Yo tenía —y aquello no era una tarea menor— que tranquilizar y consolar a Limpley, al que el médico y la partera habían prohibido el acceso al dormitorio. Durante aquellas dos horas de espera sufrió con su inmensa compasión tal vez más que la propia parturienta. Al fin vino la buena nueva, y al cabo de un rato a aquel hombre, que vacilaba entre la alegría y el miedo, le dejaron que entrara con cuidado en el dormitorio para ver a su hijo —una niña, como ya había anunciado antes la partera— y a la madre. Se quedó allí un buen rato, y mientras tanto nosotras, la suegra y yo, que habíamos vivido ya horas como aquélla, intercambiamos amistosamente, en cuanto nos dejaron a solas, muchos recuerdos. Al fin se abrió la puerta y apareció Limpley, seguido por el doctor. Sostenía a la niña envuelta en toquillas, para mostrarla orgulloso, y la llevaba como un sacerdote la custodia. Su rostro franco, ancho y un poco simple casi parecía hermoso, iluminado como estaba por el brillo de la felicidad. Incontenibles, las lágrimas le corrían hacia abajo, sin que él supiera cómo enjugárselas, pues con ambas manos sujetaba a la niña como si se tratara de algo indeciblemente valioso y frágil. Tras él, el médico, acostumbrado a escenas semejantes, se puso el abrigo.

—Mi labor aquí ha terminado —dijo riendo alegremente. Después se despidió y, sin sospechar nada, se marchó hacia la puerta.

Pero en el mismo instante en que el médico, desprevenido, abrió la puerta, algo pasó corriendo junto a sus piernas, algo que había estado allí esperando acurrucado con los músculos en tensión. Y ya estaba *Ponto* en mitad del salón, que llenó con sus aullidos furiosos. Había visto de inmediato que Limpley sujetaba un nuevo objeto. Lo sujetaba con cariño. Algo pequeño y rojo y vivo que él no conocía y que maullaba como un gato y olía a ser humano. ¡Ajá! Era el enemigo, el enemigo al que había estado buscando durante tanto tiempo, el enemigo oculto, escondido. El que le había robado el poder. El asesino de su paz. ¡Despedazar! ¡Devorar! Y con los dientes al descubierto saltó sobre Limpley para arrancarle el bebé. Creo que todos nosotros gritamos al mismo tiempo, pues el salto del poderoso animal fue tan repentino y violento que aquel hombre macizo, robusto, se tambaleó bajo el ímpetu del embate y cayó contra la pared. Pero en el último momento

mantuvo instintivamente el ovillo con el bebé en alto, para que no le ocurriera nada, y con un movimiento rápido yo lo cogí antes de que él se cayera al suelo. De inmediato, el perro se lanzó contra mí. Por suerte, el médico, que al oír nuestros fuertes gritos de horror había corrido de vuelta, lanzó con gran presencia de ánimo un pesado sillón contra el animal rabioso, que tenía los ojos inyectados en sangre y el hocico echando espumarajos. Y lo hizo con tal fuerza que le crujieron los huesos. *Ponto* aulló de dolor y en un instante desapareció, pero sólo para de inmediato lanzarse contra mí en su rabia frenética. Pero aquel instante había bastado para que Limpley se recuperara de su caída y, con una cólera horriblemente parecida a la de su perro, se abalanzara sobre el animal. Comenzó una lucha terrible. Limpley, ancho, macizo y fuerte, se había precipitado con toda la energía de su cuerpo sobre *Ponto*, para ahogarlo con sus manos poderosas, y ambos rodaban como una única masa luchando por el suelo. *Ponto* jadeaba. Limpley estrangulaba, con la rodilla apoyada en el pecho del animal, que una y otra vez se escapaba de su tenaza de hierro. Nosotras, las dos mujeres mayores, para proteger al bebé, huimos al cuarto contiguo, mientras el médico y la muchacha se abalanzaban también sobre el furioso animal. Pegaron a *Ponto* con todo lo que encontraron a mano. Hubo ruido de cristales y crujidos de madera. Entre los tres le golpearon con los puños y le patearon con los pies hasta que lograron deshacerse de él y el furioso ladrar se convirtió en un resuello jadeante. Por fin el médico, la muchacha y mi marido, que corrió hacia allí al escuchar el jaleo, agarraron al animal, que, completamente agotado, ya sólo respiraba débilmente y de manera espasmódica, le ataron las patas delanteras y las traseras con su propia correa y con cuerdas y lo amordazaron con un trozo de tela que arrancaron de un mantel. Una vez reducido por completo, y medio atontado, lo arrastraron fuera de la habitación. Lo arrojaron delante del umbral como si fuera un saco, y sólo entonces el médico corrió de vuelta para ayudar.

Mientras tanto, Limpley, tambaleándose como un borracho, entró haciendo eses en la habitación para ver al bebé. No estaba herido y se quedó mirándole con sus pequeños ojos adormilados. Tampoco la mujer, que con el estruendo se había despertado de su profundo y extenuado sopor, corría ningún peligro. Con esfuerzo y cariño dedicó una pálida sonrisa a su marido, que le acariciaba las manos. Sólo ahora pudo él pensar en sí mismo. Tenía un aspecto horrible, con el semblante blanco y ojos de loco, el cuello rasgado, la ropa arrugada y llena de polvo. Asustados, nos dimos cuenta de que de la manga derecha, hecha jirones, manaba sangre, que goteaba hasta el suelo. El mismo, en su furia, no se había dado cuenta en absoluto de que el animal al que había tratado de estrangular se había defendido desesperado mordiendo dos veces profundamente en la carne. Le desvistieron y el médico corrió a ponerle un vendaje. La muchacha trajo un *brandy*, ya que el hombre, al límite de sus fuerzas, estuvo a punto de desvanecerse por la excitación y por la sangre que había perdido. Y con esfuerzo conseguimos tumbarle en el sofá. Allí cayó en un profundo sueño, pues, emocionado con la espera, llevaba ya dos noches seguidas sin descansar como es debido. Nosotros nos dedicamos a pensar qué era lo que había que hacer con *Ponto*.

—¡Pegarle un tiro! —exclamó mi marido e hizo ademán de irse a casa a coger su revólver.

Pero el médico explicó que su deber era llevar al animal sin perder un solo minuto a un puesto de observación para determinar a partir de su esputo si tenía la rabia, porque en ese caso el mordisco que le había dado a Limpley exigiría aún ciertas medidas cautelares. Iba a cargar a *Ponto* enseguida en su coche. Salimos todos para echarle una mano al médico. Ante la puerta, el animal, en su atadura, yacía indefenso, una imagen que nunca olvidaré. En cuanto nos oyó llegar, sus ojos inyectados en sangre se volvieron de manera

violenta, como queriendo saltársele de detrás de los párpados. Rechinó los dientes, se atragantó y tragó para vomitar la mordaza, mientras sus músculos se tensaban como si fueran cuerdas. Todo el cuerpo arqueado vibró en un único y convulso temblor. Debo reconocer con franqueza que, aunque sabíamos que estaba atado de un modo seguro, tanto unos como otros dudamos a la hora de cogerlo. Jamás he visto nada semejante en cuanto a rabia contenida y cargada con todos los malos instintos. Jamás, tanto odio concentrado en una mirada como entonces en aquellos ojos inyectados en sangre y ávidos de venganza. Y de manera instintiva, el miedo ante la idea de si no tendría razón mi marido al proponer pegarle un tiro al animal me recorrió el cuerpo de arriba abajo. Pero el médico insistió en llevárselo de allí de inmediato, y así el perro, a pesar de oponer una potente resistencia, fue arrastrado hasta el coche y evacuado.

Con aquella salida tan poco honrosa, *Ponto* desapareció de nuestro círculo visual por una larga temporada. Por casualidad, mi marido se enteró de que el análisis durante varios días en el laboratorio Pasteur no había dado como resultado el menor indicio de presencia de rabia infecciosa, y como el regreso al lugar de los hechos estaba descartado, le habían regalado el animal a un maestro carnicero de Bath que buscaba un perro fuerte tipo *bulldog*. No volvimos a pensar en él, y también Limpley, que sólo tuvo que llevar la venda en el brazo durante dos o tres días, se olvidó de él por completo. Su pasión y su preocupación se concentraron, desde el momento en que su mujer se recuperó del parto, en su minúscula hijita. Y apenas necesito decir que se comportó de una manera tan fanática, tan exagerada, como lo había hecho en la época de *Ponto*, y, si es posible, incluso más disparatada. Aquel hombre robusto, fuerte, se arrodillaba ante la cunita de la niña como lo hacen en los cuadros de los antiguos maestros italianos los tres Reyes Magos ante el pesebre. Cada día, cada hora, cada minuto descubría alguna nueva maravilla en la sonrosada criaturita, de por sí encantadora. La mujer, callada y discreta, sonreía ante aquella adoración paternal con tan poca complacencia como en otro tiempo frente a la absurda deificación del presuntuoso cuadrúpedo. Y también para nosotros hubo buenos momentos, pues la felicidad perfecta, sin nubes, en la casa vecina arroja siempre una benévola luz sobre la propia.

A *Ponto*, como he dicho, lo habíamos olvidado todos por completo, cuando una noche me acordé de su existencia de una manera sorprendente. Había regresado con mi marido tarde de Londres, donde habíamos asistido a un concierto de Bruno Walter, y no podía dormirme, no sabía por qué. ¿Era por el eco de las melodías de la sinfonía *Júpiter*, que, inconscientemente, me esforzaba por recuperar? ¿O por la blanca y apacible noche de verano iluminada por la luna? Me levanté —debían de ser alrededor de las dos de la madrugada— y miré hacia fuera. La luna flotaba allá arriba con silencioso poder, como empujada por un viento invisible, a través del festón de nubes al que con su luz confería una luminosidad plateada. Y cada vez que la luna, pura y brillante, volvía a salir, el jardín resplandecía como envuelto en la nieve. Todo estaba en silencio. Tuve la sensación de que si una sola hoja se hubiera movido no se me habría escapado. De modo que casi me asusté cuando, de pronto, me di cuenta de que en medio de aquella calma absoluta algo se movía sin hacer ruido en el seto que separaba nuestros dos jardines, algo negro, que, blando e impaciente, resaltaba sobre el césped iluminado. Sintiendo un interés maquinal, me fijé mejor. Lo que allí rebullía no era un ser, no era algo vivo, físico. Era una sombra. Tan sólo una sombra. Pero tenía que ser la sombra de un ser vivo, que, oculto por el seto, se movía con cautela y de manera furtiva. La sombra de un ser humano o de un animal. Tal vez no sepa expresarlo como es debido, pero lo comprimido, lo solapado, lo silencioso de aquella

forma de arrastrarse tenía algo de inquietante. Pensé primero, miedosas como somos las mujeres, en un ladrón o en un asesino, y el corazón empezó a latirme en la garganta. Pero para entonces aquella sombra ya había alcanzado desde el seto del jardín la terraza superior, donde comenzaba la valla, y ahora se deslizaba a lo largo de los barrotes, pegada a ellos de una manera extraña, el ser vivo ante su sombra. Se trataba de un perro, y enseguida le reconocí. Era *Ponto*. Muy despacio, con mucho cuidado y, se veía, dispuesto a huir de allí al primer ruido, *Ponto* olfateaba la casa de Limpley. Era —no sé por qué me vino esa idea cual relámpago— como si quisiera averiguar alguna cosa, pues en modo alguno se trataba del husmear libre, relajado de un perro que sigue un rastro. Se comportaba en cierto modo como una persona que hace algo prohibido o que planea alguna cosa con alevosía. No mantenía el hocico olfateando el suelo, no corría con los músculos en tensión, sino que se arrastraba con el vientre casi pegado contra la tierra, para que no se le viera, avanzando pulgada a pulgada, como un perro de caza que se aproxima persiguiendo a su presa. Sin darme cuenta, me incliné hacia delante para observarle mejor, pero al hacerlo, torpemente, debí de rozar la ventana y provocar algún pequeño ruido, pues con un brinco silencioso *Ponto* desapareció en la oscuridad. Parecía como si todo aquello lo hubiera soñado. Vacío, blanco, brillante, inmóvil, el jardín aparecía de nuevo envuelto en la luz de la luna.

No sé por qué, pero me avergoncé al contárselo a mi marido. En realidad, podía tratarse de una alucinación de los sentidos. Pero cuando a la mañana siguiente me encontré en la calle a la muchacha de los Limpley, le pregunté así como de pasada si en los últimos tiempos habían vuelto a ver a *Ponto*. La muchacha se inquietó y se turbó un poco. Sólo cuando recobró el valor me confesó que se lo había encontrado muchas veces y en extrañas circunstancias. En el fondo, no podía explicar por qué tenía miedo de él. Hacía cuatro semanas había estado en la ciudad paseando a la niña con el cochecito, y de pronto había escuchado unos ladridos horribles. Desde la furgoneta del carnicero, al pasar, *Ponto* le había ladrado a ella o, como pensaba, al carrito con la niña, y se había encogido dispuesto a dar un salto. Por suerte, la furgoneta iba tan deprisa que no se atrevió a darlo, pero sus furiosos ladridos se le habían metido hasta el tuétano. Claro que no había informado al señor Limpley. Sólo le habría preocupado de manera innecesaria. Además, creía que el perro estaba en Bath a buen recaudo. Sin embargo, hacía poco, una tarde, cuando quiso coger un par de leños del viejo cobertizo de madera, algo se había movido allí en la oscuridad. Estuvo a punto de proferir un grito de terror, cuando se dio cuenta de que se trataba de *Ponto*, que se había escondido allí y que de inmediato se escurrió a través del seto para desaparecer en nuestro jardín. Desde entonces tenía la sospecha de que se ocultaba allí con frecuencia, y de que también por las noches debía de merodear en torno a la casa, pues hacía poco, después de una fuerte tormenta nocturna, había visto en la tierra húmeda unas huellas de patas que mostraban con claridad que había estado arrastrándose alrededor de la casa. En realidad, nunca se había mostrado abiertamente. Sin duda se colaba a hurtadillas a través de nuestro seto o del de los vecinos en cuanto estaba seguro de que nadie le observaba. ¿Creía yo que podía querer volver? El señor Limpley nunca más le dejaría entrar en la casa. Y tampoco podía pasar hambre estando con un carnicero. De lo contrario, habría empezado por mendigarle a ella en la cocina. De alguna manera, aquel modo de andar husmeando en derredor le desazonaba. ¿Me parecía que debía decírselo al señor Limpley o por lo menos a su mujer? Lo pensamos y estuvimos de acuerdo en que, si volvía a aparecer, informaríamos a su nuevo amo, el carnicero, para que pusiera fin a las extrañas visitas de *Ponto*. A Limpley en principio no queríamos recordarle para nada la existencia del odiado animal.

Creo que fue un error por nuestra parte, pues tal vez —¿quién puede saberlo?— se habría evitado lo que ocurrió al domingo siguiente, un domingo inolvidable por lo espantoso. Mi marido y yo habíamos ido a casa de los Limpley y estábamos sentados en las cómodas tumbonas en la terraza inferior, desde la que la pradera desciende hasta el canal con una pendiente bastante pronunciada. Junto a nosotros, sobre el suelo llano de césped de la misma terraza, se encontraba el carrito de la niña, y debo decir que el chiflado del padre se levantaba en mitad de la conversación cada cinco minutos para extasiarse con ella. En definitiva, se había convertido en una niña encantadora, y aquella tarde de luz dorada, cuando, protegida por la sombra de la capota del carrito, reía hacia el cielo con sus parpadeantes ojos azules mientras con sus graciosas manitas, aún un poco torpes, intentaba atrapar los reflejos del sol en la colcha, tenía un aspecto verdaderamente delicioso. El padre profería exclamaciones de júbilo, como si nunca hasta entonces se hubiera dado un prodigio semejante de sentido común. Y nosotros le dimos el gusto de hacer lo mismo, como si nunca hubiéramos visto nada igual. Aquella imagen, la última imagen feliz, se me ha quedado para siempre en la memoria. Entonces, desde la terraza superior, en sombra por la veranda de la casa, la señora Limpley nos llamó para que fuéramos a tomar el té. Limpley tranquilizó a la niñita, como queriéndole hacer comprender:

—¡Enseguida! Enseguida volvemos.

Dejamos el cochecito con la niña sobre la hermosa superficie de césped, que estaba protegida de los rayos más fuertes del sol por un emparrado que la refrescaba, y en pocos minutos —debía de haber unos veinte metros entre la terraza de abajo y la de arriba, estando las dos ocultas entre sí por una pérgola con rosas— subimos a tomar el té como de costumbre a la sombra. Charlamos, y no necesito decir acerca de qué charlamos. Limpley estaba de un maravilloso buen humor, pero su buen humor aquella vez no resultaba en absoluto inapropiado en vista de aquel cielo de seda azul, de una paz dominical como aquélla, al abrigo de una casa bendecida. Era, por así decir, una reacción lógica frente a aquel día de verano.

De pronto nos levantamos de un salto. Desde el canal llegó un fuerte griterío de terror, voces de niños y angustiados chillidos de mujer. Echamos a correr por la verde ladera hacia abajo. Limpley delante de todos nosotros. Su primer pensamiento fue para la niña. Pero para nuestro espanto, la terraza inferior, donde hacía unos pocos minutos habíamos dejado el carrito con la niña dormitando serena y completamente segura, estaba vacía. Y los gritos desde el canal eran cada vez más agudos y más excitados. Allí, en el agua, el carrito flotaba boca abajo. Un hombre ya había soltado una de las barcas para ir a salvar al bebé. Otro se había tirado al agua. Pero era demasiado tarde. Sólo al cabo de un cuarto de hora pudieron sacar el cadáver de la niña del agua salobre y verde de algas.

No puedo describir la desesperación de los desdichados padres. O mejor, no quiero intentarlo, pues no quiero volver a pensar en toda mi vida en aquellos horribles instantes. Avisado por teléfono, apareció un comisario de policía para determinar cómo se había producido la desgracia, si se trataba de una negligencia por parte de los padres, de un accidente o de un crimen. Hacía tiempo que habían sacado el cochecito del agua y, por indicación del comisario, fue colocado exactamente en el mismo lugar en el que había estado en la terraza inferior. Entonces el jefe de policía en persona probó a ver si era fácil que, empujándolo suavemente, el carrito bajara solo rodando por la pendiente. Pero las ruedas apenas se movieron en la hierba alta y espesa. Quedaba por tanto descartado que, por ejemplo, un golpe de viento hubiera podido provocar una bajada tan súbita desde aquel terreno por lo demás llano. El comisario lo intentó una segunda vez y lo empujó con un

poco más de fuerza. Pero la terraza tenía una anchura de por lo menos siete metros, y el coche —las marcas de las ruedas lo demostraban— había estado fijo y seguro a bastante distancia de la pendiente. Sólo cuando el comisario se lanzó contra el coche dándole un empujón realmente violento, el carrito corrió por la colina y bajó rodando. De modo que algo imprevisto debía de haber puesto el coche en movimiento de manera repentina. Pero, ¿quién o qué? Ese era el misterio. El comisario de policía se quitó la gorra de la frente sudorosa y, aún pensativo, se rascó la cabeza con el cabello desgreñado. No lo entendía. ¿Alguna vez algún objeto, aunque fuera una pelota para jugar, había caído por sí solo desde la terraza?

—¡No! ¡Nunca! —afirmaron todos.

¿Había algún niño en las inmediaciones o en el jardín, un niño que, travieso, tal vez hubiera podido jugar con el cochecito? ¡No! ¡Nadie! Que si había habido alguna otra persona cerca. No. Nadie. La puerta del jardín estaba cerrada, y ninguna de las personas que habían estado paseando junto al canal había visto llegar o alejarse a nadie. Como único testigo ocular tan sólo servía aquel trabajador que, decidido, había saltado al agua para salvar a la niña. Pero, aún por completo empapado y aturdido, no había podido decir más que su mujer y él, desprevenidos, habían estado caminando por el borde del canal. De pronto el carrito de la niña había rodado por la pendiente del jardín, cada vez más deprisa, y enseguida se había caído al agua. Como le había parecido ver que un bebé flotaba, había corrido enseguida hacia allí, se había quitado la chaqueta y había tratado de sacarle del agua, pero por culpa de la espesa maraña de algas no había podido llegar tan deprisa como había pretendido. No sabía más.

El comisario estaba cada vez más desconcertado. Nunca se había enfrentado a un caso tan abstruso. Sencillamente, no podía imaginar cómo el coche había podido ponerse a rodar. La única posibilidad era que el bebé se hubiera incorporado de pronto o se hubiera lanzado hacia un lado y que con ello el carrito hubiera perdido el equilibrio. Pero aquello apenas resultaba creíble. Él, por lo menos, no se lo acababa de creer. ¿Alguno de nosotros tenía tal vez otra hipótesis?

De manera instintiva miré a la muchacha. Nuestras miradas se encontraron. Las dos pensamos lo mismo en el mismo instante. Las dos sabíamos que el perro odiaba a muerte a la niña. Sabíamos que en los últimos tiempos se había ocultado con disimulo repetidas veces en el jardín. Sabíamos que con frecuencia había arrojado los cestos de la ropa al canal con un golpe malicioso. Las dos —lo vi en sus labios inquietos, que, pálidos, temblaban— teníamos la misma sospecha de que el animal, maltratado y envilecido, percibiendo al fin la ocasión de vengarse, apenas habíamos dejado a la niña sola durante un par de minutos, se había escurrido fuera de algún escondite, de un golpe rápido y furioso había empujado el cochecito con la odiada rival hacia el agua para después huir de allí como tantas otras veces sin hacer ruido. Pero ninguna de las dos formuló su sospecha. Yo sabía que la sola idea de que hubiera podido salvar a su hija de haber matado entonces al animal rabioso habría vuelto loco a Limpley. Y además, a pesar de todos los indicios lógicos, faltaba el último, la prueba material. Ni nosotras dos ni los demás habíamos visto aquella tarde al perro acercándose a rastras o escurriéndose fuera de allí. El cobertizo de madera, su escondite favorito —y yo enseguida miré en aquella dirección—, estaba vacío. La tierra seca no mostraba huella alguna. No habíamos escuchado ni una sola nota de aquel ladrido salvaje que *Ponto* dejaba resonar triunfante en otras ocasiones, cuando tiraba un cesto al canal. Por eso no podíamos afirmar que había sido él. Se trataba tan sólo de una hipótesis angustiada, atroz. Se trataba tan sólo de una sospecha fundada, terriblemente fundada. Pero faltaba la

última, la irrefutable evidencia.

Y, sin embargo, desde aquel momento ya no me libré de aquella horrible sospecha. Al contrario, durante los días siguientes aún se reforzó hasta convertirse casi en una certeza. Fue una semana después. La pobre niña ya hacía tiempo que había sido enterrada, los Limpley habían abandonado la casa, porque no podían soportar la vista del funesto canal. Entonces ocurrió algo que me alarmó en lo más hondo. Yo tenía que hacer un par de recados en Bath para nuestra casa. De repente me asusté, pues junto a la furgoneta del carnicero vi a *Ponto*, en el que de manera inconsciente había estado pensando sin cesar durante todas aquellas horas terroríficas. Le vi caminando indolente, y en aquel preciso momento me reconoció. Enseguida se detuvo. Yo también. Y entonces ocurrió lo que hasta hoy me oprime el alma.

Si bien durante todas aquellas semanas desde su humillación yo había visto a *Ponto* siempre turbado, y él había evitado cualquier encuentro, volviendo la vista, agachando el lomo de manera sinuosa, y apartándose receloso, esta vez estiró la cabeza despreocupado y me miró —no puedo decirlo de otra manera— con soberbia impasibilidad y seguro de sí mismo. De la noche a la mañana volvía a ser el animal arrogante, altivo, de otro tiempo. Se quedó en aquella actitud provocativa durante un minuto. Después se puso en marcha, balanceando las ancas y casi danzando por la calle, mirándome con estudiada complacencia, y se detuvo a un paso delante de mí, como queriendo decir:

—Bien, aquí estoy. ¿Qué tienes que reprocharme o que decir en contra de mí?

Me quedé como paralizada. No tuve fuerzas para echarle de allí, ni para soportar aquella mirada consciente de su propio valor y, casi diría, autosatisfecha. Huí de allí a toda prisa. Que Dios me libre de acusar a un animal, y no digamos a un ser humano, inocente. Pero desde aquel momento no puedo librarme de esta idea espantosa. Fue él. Él lo hizo.

**FIN**



STEFAN ZWEIG, (Viena, 1881 - Petrópolis, Brasil, 1942) fue un escritor enormemente popular, tanto en su faceta de ensayista y biógrafo como en la de novelista. Su capacidad narrativa, la pericia y la delicadeza en la descripción de los sentimientos y la elegancia de su estilo lo convierten en un narrador fascinante, capaz de seducirnos desde las primeras líneas.

Es sin duda, uno de los grandes escritores del siglo XX, y su obra ha sido traducida a más de cincuenta idiomas. Los centenares de miles de ejemplares de sus obras que se han vendido en todo el mundo atestiguan que Stefan Zweig es uno de los autores más leídos del siglo XX. Zweig se ha labrado una fama de escritor completo y se ha destacado en todos los géneros. Como novelista refleja la lucha de los hombres bajo el dominio de las pasiones con un estilo liberado de todo tinte folletinesco. Sus tensas narraciones reflejan la vida en los momentos de crisis, a cuyo resplandor se revelan los caracteres; sus biografías, basadas en la más rigurosa investigación de las fuentes históricas, ocultan hábilmente su fondo erudito tras una equilibrada composición y un admirable estilo, que confieren a estos libros categoría de obra de arte. En sus biografías es el atrevido pero devoto admirador del genio, cuyo misterio ha desvelado para comprenderlo y amarlo con un afecto íntimo y profundo. En sus ensayos analiza problemas culturales, políticos y sociológicos del pasado o del presente con hondura psicológica, filosófica y literaria.